

Los fantasmas de Inés Arredondo

Leda Rendón

Inés Arredondo es una de las escritoras mexicanas más importantes del siglo xx: exploró almas. Sus personajes existen en plenitud sólo a partir de la mirada del otro. Casi todos sus relatos están ubicados en provincia y develan la presencia de un Dios sadomasoquista y morboso que condena a los hombres por diversión. La suya es una narrativa que rompe con el orden moral y social establecido. En su obra brevísima nada sobra, todo es trascendente. En relatos como “Mariana”, “La señal” y “La Sunamita” se devela una maquinaria perfecta en la que cada guiño sirve para construir un retrato macabro de las relaciones humanas.

La vida de la escritora sinaloense de *Río subterráneo* (1979), *La señal* (1965) y *Los espejos* (1988) estuvo marcada por la depresión, pero supo exorcizar sus fantasmas a través de la escritura. Fue admirada por sus contemporáneos entre los que se encontraban Juan García Ponce y Huberto Batis. Recibió varios premios. Lo extraño es que la noticia de su muerte salió en los periódicos días después, quizá la realidad le concedió lo que tanto deseaba: descubrirse en la mirada de los otros y al fin desaparecer hasta de la letra impresa.

En el universo narrativo de Inés Arredondo la mirada es un virus que infecta todo, que desnuda el alma de sus protagonistas, que refleja los deseos de aniquilación, lujuria, compasión, amor, desesperanza, locura y muerte. Ejemplo de lo anterior es el final del cuento titulado “Año Nuevo”:

Me miraba. Era un negro. Íbamos los dos colgados, frente a frente. Me miraba con ternura, queriéndome consolar. Extraños, sin palabras. La mirada es lo más profundo que hay. Sostuvo sus ojos fijos en los míos hasta

que las lágrimas se secaron. En la siguiente estación, bajó.

Al leer a Inés Arredondo se asiste a un mundo fracturado en el que la familia juega un papel muy importante. El hogar se convierte en el asidero del mal. Las pulsiones de los integrantes del núcleo materno invaden sus historias. Así, la concepción es motivo de desasosiego como en el cuento “Canción de cuna”.

En sus relatos hay también una relación sádica con lo sexual que es moneda de cambio, boleto de salida y condena. Nacer mujer se convierte en un largo peregrinar por una vida vacía, que carece de sentido sin el otro: el hombre. Sus protagonistas buscan completarse a través de guardarse en la mirada y los fantasmas de alguien más.

La piedra de toque de su narrativa está en lo que no se dice, en el silencio. Por eso cultivó los relatos breves como Jorge Luis Borges y Juan Carlos Onetti. Inés Arredondo es una escritora de la estirpe de Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Elfriede Jelinek. Como ellas exploró sus obsesiones con maestría y simplicidad. Decidió parir sus demonios y legó a la literatura del mundo una de las obras más apasionantes de las letras hispánicas.

La escritura armoniosa, perfecta, plena, inquietante y trágica de Inés Arredondo



transporta al lector a un cosmos de seres rotos, sangrantes, condenados a un destino perverso. Sus héroes son seres que sólo se completan si otro los contiene o los descubre como en el relato titulado “Orfandad”:

Mi rostro horrible, totalmente distinto al del sueño: las facciones son informes. Lo sé. No puedo tener una cara porque nunca ninguno me reconoció ni lo hará jamás.

Por desgracia encontrar ejemplares de sus libros es muy complicado. Existen, sin embargo, esfuerzos importantes para preservar su obra, pieza clave de la literatura en nuestra lengua. Injustamente olvidada durante mucho tiempo, a últimas fechas el Fondo de Cultura Económica, en su colección Letras Mexicanas, ha editado sus Cuentos completos en un acto de justicia literaria. Es de esperarse que se publiquen sus libros infantiles, su novela *Opus 123*, así como su ensayo *Acercamiento a Jorge Cuesta*. Cabe destacar la reciente edición del cuento “La Sunamita”, la legendaria grabación que la escritora sinaloense realizara para la colección Voz Viva de la UNAM. Finalmente es necesario aproximarse a la obra de Inés Arredondo, ya que su lectura nos permite atisbar territorios intangibles e inexplorados de la imaginación femenina. ■